

su autor en el estudio de sus grandes escritores y mediante el trato con las gentes de un país extranjero. Tan sólo en los regímenes se percibe de cuando en cuando la pluma y el hábito mental de un escritor cuyo instrumento de comunicación con el mundo es otra lengua más próxima a su corazón y a sus costumbres de filósofo. Los regímenes son el grande escollo en el uso de lenguas extranjeras, ninguna de las cuales presenta en este aspecto caminos tan escabrosos como la inglesa. Fitzmaurice-Kelly solía decir con su acostumbrado y discreto humor, que sabiendo emplear las preposiciones en inglés, bastaban dos o tres verbos («do, get, put» y los auxiliares) para expresar todos los pensamientos usuales. A veces la frase de «Goliath» tiene para el oído de los lectores de lengua inglesa sonoridades extrañas y ornato de apariencia superflua. El estilo denuncia un alma generosa, una inteligencia que se exalta a sí misma en el uso de libertades conquistadas al mudar de meridiano. La obra es, además, un acto de valor en estas horas de compromiso con los intereses pasajeros y con «el mal potentísimo y fecundo.—

B. SANIN CANO.

■  
<https://doi.org/10.29393/At175-12LSML10012>

«LAURA» O LA SOLEDAD SIN REMEDIO. por *Pío Baroja* (1)

Una novela de Baroja en el destierro y una novela que describe la vida de algunos refugiados españoles en París, debía obtener un éxito clamoroso entre sus lectores de América y España.

Para muchos, para la mayoría, la actitud de Baroja frente a la revolución ha sido un enigma.

Es un rebelde, un disconforme, casi un hombre de izquierda según la expresión al uso, si analizamos los conceptos polí-

---

(1) Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1939.

ticos, intercalados en sus novelas o las palabras, ya más directas, que aparecen en sus artículos periodísticos y en sus ensayos autobiográficos. Desde luego, un defensor de España, de Castilla, como pueblo y un enemigo declarado de la monarquía y del caciquismo.

El hombre de acción, de aventura, de personalidad desbordante y de rudo individualismo, no adaptado a un medio arcaico, lleno de prejuicios, es personaje predilecto de las novelas de Baroja.

Aviraneta, Shanti Andía, Zalacaín, Silvestre Paradox, Osorio, etc., luchan con el medio en que viven y son de la misma arcilla espiritual, elementales o intelectualizados; pero contrarios a la sociedad, a la Iglesia, a los dogmas, a los prejuicios.

En este sentido, el descontento barojiano, anarquismo o nietzscheísmo, recuerda el de Unamuno y el de su contradictoria posición ideológica. Quizá la posición de un vasco culto frente al atraso de Castilla.

Baroja reacciona, frente al vesanismo de los rojos, como había reaccionado ante el fanatismo de los tradicionalistas. Reacción, en mi concepto, perfectamente lógica.

Baroja había dicho ya en *El árbol de la ciencia*, estas palabras proféticas: «Las costumbres de Alcolea eran españolas puras, es decir, de un absurdo completo». Y Jean Cassou, gran conocedor de España, afirma que «la grande création de l'espagnol, c'est l'absurde».

Baroja, en muchas ocasiones, trató de explicar su actitud anárquica en el problema de la decadencia española:

«Primero, comenta, enemigo de la Iglesia; después del Estado. Mientras estos dos grandes poderes estén en lucha, partidario del Estado contra la Iglesia. El día que el Estado prepondere, enemigo del Estado»,

Así se explica en la novela barojiana un concepto pesimista y amargo de la vida.

«La vida es crueldad, ingratitud, inconsciencia, desdén de

la fuerza por la debilidad y así son los hombres y las mujeres, y así somos todos. Sí; todo es violencia, todo es crueldad en la vida».

Pesimismo sistematizado que se expresa, a lo largo de una copiosa producción literaria, con un buen humor campechano o con un mal humor ironizante. Anécdotas graciosas, episodios reales aligeran la preceptiva algo estrecha del género novelesco. Baroja es un enamorado de la anécdota. La concibe como una concreción de vida, como un florecimiento de la conversación. Es casi una novela en síntesis, y la novela, una sucesión de anécdotas, un caudal de hechos comunes y familiares.

El clima pesimista de la creación barojiana no excluye, sin embargo, la piedad humana y el amor a la vida y al rincón natal y a la colectividad donde se ha vivido.

La atmósfera de «Laura o la soledad sin remedio», su última novela, no difiere de sus libros anteriores.

No es sino la continuación de su pintura de la sociedad española, después de la pérdida de las colonias. La anarquía espiritual, la disociación ideológica de la España posterior al 98 se refleja con fidelidad y crudo realismo en la enorme producción de Baroja.

«Laura» es historia y no es historia. No es historia, porque los personajes de la novela están fuera de su medio habitual, Madrid; y reaccionan originalmente frente a los franceses, rusos y alemanes, con los cuales conviven en París, y es historia, porque, en realidad prolonga la crisis espiritual y económica de España durante la trágica experiencia de la revolución.

No es un cuadro más de «La juventud perdida», pero, en parte, es interpretación contemporánea, agonía de nuestro tiempo, según la expresión de Baroja.

En su última etapa de escritor, la tendencia de Baroja ha ido hacia la creación de caracteres representativos, a simbolizar en un héroe una etapa de vida o una sucesión de movimientos sociales. Ya se ve esta tendencia balzaciana en el

héroe de «Las noches del Buen Retiro», Jaime Thierry, el que cree a la América una mala imitación de Europa, y en Laura, carácter simbólico, representación humana de las muchachas madrileñas de los últimos tiempos, medio burguesas, medio revolucionarias, medio estudiantes de Universidad.

Así define Baroja a su heroína:

«Laura era de mediana estatura, de pelo rubio obscuro, ojos claros, azules, más bien verdes, color sonrosado y voz bien timbrada.

«Se mostraba como chica modesta, amable, muy servicial e inteligente. Al andar tenía un aire frágil, como de poco peso, parecía que marchaba por la tierra como podía hacerlo una ninfa o un ser fantástico. Tenía a veces una expresión de cansancio o de tristeza.

«Algunos jóvenes no la encontraban mayor encanto; no era coqueta, no sabía bailar con aire voluptuoso, no tenía el *sex-appeal* (esta palabra ha llegado en los países latinos hasta las porterías); para otros, esta falla de coquetería constituía un gran atractivo.

«A Laura, el juego de la coquetería corriente no le agradaba y esa comedia que la gente del pueblo de Madrid llama *castigar* o *dar achares* no era su género».

Laura, muchacha de buena familia, estudió medicina sin mucho entusiasmo, al morir su padre. Más bien como deporte que como vocación. La Universidad era el refugio de la clase alta venida a menos y de la clase media aspirante a más.

Temperamento equilibrado, comprende agudamente la vaciedad de esa vida, la indecisión de sus ideas, el divorcio entre un pasado casi muerto y el de un porvenir, nublado de conceptos vagos y anarquizantes.

Asiste a la escuela y estudia, sin darse cuenta para qué vive y estudia. Sin embargo, una herencia de raza sana, disciplinada, contiene sus impulsos y modera su desaliento.

La vida ruidosa, superficial, cargada de jazz y de abrazos

de foxtrot, la llena de interrogaciones y de apetencias sexuales que no se realizan.

Hay, sin embargo, un grupo que tiene claras ideas sobre la vida, por lo menos la del momento. Es el grupo socialista, pequeño burgués. Son los que usufructúan el período de transición. Ganan dinero, para eso existen las cajas fiscales y las carteras ministeriales.

En el entretanto, los obreros y sirvientes domésticos, afiliados a células socialistas y comunistas, enronquecen en protestas contra los burgueses y capitalistas. No es menor el furor mesiánico de los jóvenes falangistas que intentan unificar la multiforme España y emular el universalismo cesarista de Carlos V. Y España, entre estos dos odios implacables, agoniza y se anula.

La antítesis de Laura es otra muchacha madrileña, Mercedes.

Mercedes, de una familia muy rica, dice Baroja, «era alta, morena, con un tipo un tanto clásico, el mentón saliente, muy atezada, con los brazos y las piernas obscurecidas por el sol, gran nadadora y deportista, le gustaban los ejercicios atléticos, la barra y el disco».

De la ruina moral de España destaca Baroja a estos dos tipos femeninos. En la mujer parece residir la salvación, la inmanencia de la raza. Los hombres aparecen borrosos y estúpidos, es decir, los hombres españoles, pues los extranjeros, los franceses, los rusos, los alemanes, que van a tener decisiva influencia en las dos mujeres, son inteligentes, serenos, generosos.

La novela de Baroja es, en substancia, la vida de estas dos muchachas que prescinden, sin mayor reflexión, del medio español en el cual nacieron y vivieron y del cual están ya completamente desconectadas, para seguir su nuevo destino.

Llega Laura a Francia, al país vasco, antes de la revolución. A Mercedes, la turbia marea la coge en España y en un pueblo conquistado por los franquistas. Como muchas mujeres de España, es violada por un soldado moro.

La elegante jovencita de las piscinas y de las canchas de tennis, no quiere abortar. Va a tener a su hijo, al hijo del moro y le va a dedicar su vida. El violador, macho fuerte y bárbaro, ha dejado en su carne y en su espíritu una huella tan profunda que el novio madrileño, el prometido social, se ha perdido en su recuerdo como un sueño borroso.

—¡Y qué cosa más rara somos las mujeres!, le confiesa a Luisa. A ese hombre yo no lo odio. La idea de tener un hijo suyo en las entrañas me hace pensar en él. A veces se tiene una inclinación perversa como si dentro llevara uno el peor enemigo y se piensa: ¡Ojalá me salga esto mal! Probablemente debe ser para sentirse interesante.

—Esas son tonterías a las que no hay que hacer caso, responde Luisa.

Unidas en tierra extraña, en el inmenso París, logran subsistir con cierta holgura. Sus vidas, que la revolución ha detenido, van a tener de pronto una solución inesperada. Aparecen os dos hombres, dueños de su porvenir.

El futuro de Laura es un sabio ruso. El de Mercedes, un médico francés que prohijará al morito, tan inopinadamente llegado al mundo occidental.

¿Cuál es el oculto móvil que guió el genio de Baroja en esta novela, tan suya, por lo demás? ¿Es acaso un símbolo de la raza española, condenada a no realizarse nunca en una civilización superior? ¿No cree Baroja en una resurrección de España?

Sus dos heroínas, que representan los varones justos de Sodoma y Gomorra, se casan con extranjeros.

Es la novela de Baroja una crónica movida de hechos menudos, de anécdotas, de diálogos que se entrecruzan, vivos y ricos de substancia humana. Paisajes, episodios de la vida urbana, descripción de cabarets nocturnos, del Metro de París, etc., completan el pintoresco escenario de «Laura o la soledad sin remedio».

Lejanamente llega a estos españoles desterrados el eco de la tragedia, de los fusilamientos, de las traiciones, de las crueldades inútiles.

Sin embargo, una soledad sin remedio, la soledad llena de ruidos discordes de la vida moderna, rodea a Laura, a pesar de que su vida está cumplida y un hijo palpita en sus entrañas.—  
MARIANO LATORRE.



PUERTAS VERDES Y CAMINOS BLANCOS. Novela por *Chela Reyes*.  
Editorial Nascimento, Santiago

Todo paisaje, por limitado que sea, tiene un punto culminante; a veces armónico y armoniosamente rodeado por el todo, que se extiende bajo su perspectiva; y a veces sorpresivo abrupto, como un límite final. Diríamos entonces, que esto último, es como un paisaje partido.

Esta novela de Chela Reyes, se ha detenido, a nuestro juicio, en la parte precisamente culminante de la acción, cuando esperábamos ver, desde ese punto a que íbamos alcanzando, más amplias perspectivas. Nuestra mirada se iba interesando y ahondando más cada vez en la observación de inesperados detalles; detalles un tanto incongruentes y sin trabazón, algunos, pero todos de singular y original belleza.

Deliberadamente incongruente, nos parece la construcción de esta pequeña novela. Y estéticamente incongruente, el carácter de la heroína. Esa muchachita que encontramos echada de bruces, al comienzo de la lectura, junto a un hilillo de agua que corre por entre menudas hierbas, a las que, en su fantasía, convierte en selvas fabulosas, cuyos monstruos son las hormigas, se nos ocurre no es la misma muchacha que, desde la falda de un cerro, ve allá abajo, a la sombra de un árbol, a un hombre y a una mujer, tendidos y muy juntos, a los que des-